

EL LAÑAOR



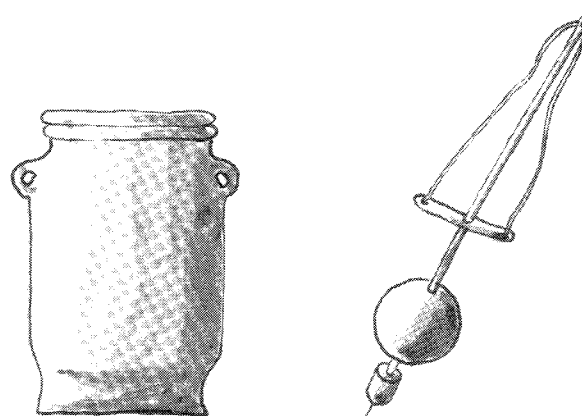
Ha llegado caminando con paso cansino por el camino polvoriento que viene de Vera. Trae colgada a la espalda una arquilla de madera que sujeta al hombro con una correa, y se apoya al caminar en un grueso y nudoso *gayado* de almendro.

Es menudo de talla, de cara revejada y ojillos vivos. Su gesto es simpático, tirando a bonachón, y viste de un modo, que a la legua se aprecia que la ropa que lleva no fue hecha a su medida. Le sobra tela por todas partes. Lo único que parece estar de acuerdo con su talla es la mugrienta gorra que cubre su cabeza y las alpargatas que calza.

En el cortijo le conocen bien porque desde hace años viene de cuando en cuando a ejercer su oficio de "lañaor" ambulante.

Nada más llegar a la puerta de la casa, ha depositado la arquilla en el suelo, después de saludar con un "¡A la paz de Dios!", y ha preguntado a la tía Concepción si tenía algo que "apañar".

Si que lo había, porque en los cortijos siempre suele haber algún tiesto roto, dada la alta fragilidad



del barro, que integra algo así como el cincuenta por ciento del utillaje de las cocinas.

Como hay faena a la vista, el hombrecillo ha buscado un lugar aparente para instalar su taller portátil. Se ha sentado en un poyete bajo que hay al extremo de la cantarera, despreciando una silla que tenía a mano. Enseguida he comprendido el porqué de esta elección de asiento. La silla es demasiado alta para su trabajo que, además de las manos, requiere también el concurso de las piernas que, extendidas casi en horizontal, le sirven como soporte y cepo para sujetar las piezas que ha de apañar.

Damián "el Curro", que así se llama el personaje recién llegado, es "lañaor" de oficio: es decir, que se dedica a lañar y componer vasijas de barro rotas, mediante un procedimiento técnico que se viene usando por esta comarca desde hace siglos sin ninguna modificación, lo cual viene a significar que el sistema es tan perfecto desde su origen que no ha necesitado alteraciones.

La tía Concepción le ha presentado a Damián un cántaro partido en dos mitades y otro que presenta

una raja transversal, pero que aún no se ha dividido en dos. También le ha traído un lebrillo grande, con una fisura que va desde el borde al culo.

Es el inconveniente que tienen estas vasijas de barro cocido que forman el grueso de los recipientes de uso en los cortijos, que en cuanto reciben un mal golpe, se parten como cascarrones de huevos. También es cierto que gracias a esta fragilidad, Damián “el Curro” y unos cuantos colegas de su oficio se ganan la vida danzando por los caminos de casa en casa, componiendo tiestos fuera de combate para ponerlos nuevamente en servicio a base de “lañas”.

Lo primero que ha hecho Damián, a la vista de los tiestos, es calcular sobre el terreno, o lo que es igual, sobre las rejillas que presentan, el número de lañas precisas para su compostura, con el fin de dar a la tía Concepción el presupuesto de su arreglo.

Esto de dar el presupuesto previo es algo básico en el oficio, porque las mujeres no mandan lañar una vasija sin antes saber lo que va a costar la operación. Y es lógico que procedan así, porque sabiendo lo que cuesta comprar un tiesto nuevo en el mercado, hay que echar cuentas de si merece o no la pena remendar uno viejo.

Han llegado a un acuerdo “el Curro” y la tía Concepción, de forma que las piezas van a ser arregladas. Para el cántaro partido en dos mitades no hay solución, porque es una compostura de mala traza que vale tanto como un cántaro nuevo. El otro de la raja en la panza necesita cinco lañas, que a razón de perra gorda por laña hacen dos reales, (un cántaro nuevo cuesta seis reales). El lebrillo quedará como nuevo con otras cinco lañas, lo que supone su recuperación para el servicio por otros dos reales. Así pues, manos a la obra, que agua parada no mueve molino.

Damián ha levantado la tapa de su arquilla y ha comenzado a sacar herramientas del oficio: alicates,

un rollo de alambre de cobre, martillo y taladro de “lañaor”, que es el modelo de taladro más antiguo que existe; tanto que ya lo usaban los egipcios. Tengo entendido que, además de los “lañadores”, lo siguen usando en los talleres de joyería.

Para el lector que no conozca este artilugio, se inserta un dibujo a pluma alzada donde pueden apreciarse su forma y componentes. No obstante aclararé que para poner en marcha esta ingeniosa máquina, basta apoyar la broca en el punto donde se desea el taladro y dar un par de vueltas al vástago para que las correillas se enrollen en él y hagan subir la ballesta. Luego se presiona hacia abajo la ballesta, lo que obliga a las correillas a desenrollarse, lo cual provoca a su vez el giro del eje o vástago. Gracias a la bola de contrapeso, el movimiento de inercia obliga a las correillas a enrollarse de nuevo en el vástago en sentido contrario y así, subiendo y bajando la ballesta, el vástago gira alternativamente de izquierda a derecha, haciendo que la broca taladre el barro. Importante: la broca que se utiliza para el barro no es helicoidal, sino lisa y de boca aplanada como un destornillador.

Una vez dispuesta la herramienta, Damián ha comenzado a fabricar las lañas que precisa para la compostura, que es tarea primordial en esta clase de trabajo. Al contemplar esta operación, que es bastante entretenida, me ha parecido que sería más eficiente para su trabajo traer las lañas ya hechas de casa, con lo cual acortaría mucho el tiempo a invertir en la operación propiamente dicha de lañar, pero después he tenido que corregir esta apreciación. Sí, porque, si llevase las lañas hechas, le quitaría toda la gracia y todo el mérito a su trabajo; parecería menos complicado y más al alcance de cualquier aficionado y, naturalmente, justificaría menos el precio de las lañas.

Las lañas las confecciona de alambre de cobre, que va cortando en trozos de unos diez centímetros,

aproximadamente. Una vez cortados, los dobla por la mitad juntando los dos extremos, de forma que la laña en sí quede constituida por dos alambres paralelos, con lo cual duplica su resistencia. Preparados así estos trozos de alambre doble, les practica en ambos extremos un doblez en ángulo ligeramente agudo para formar la pata o garras de la laña, que tendrá como medio centímetro, y que es la parte que luego ha de entrar en los orificios abiertos con el taladro.

El proceso de lañar propiamente dicho consiste en ir abriendo con el taladro pares de agujeros a ambos lados de la raja o fisura del tiesto roto, pero dando a estos agujeros una ligera inclinación hacia el eje del tiesto, de forma que al introducir la pata de la laña la inclinación haga de cuña y la afiance. Las lañas se van colocando en sus respectivos emplazamientos y su ajuste y adaptación a la superficie del tiesto se hace con suaves golpecitos de martillo.

Una vez colocadas todas las lañas previstas, la fisura del tiesto queda cerrada, y tan firmemente unidas las partes que no hay temor a que vuelvan a separarse. Tanto es así, que una vasija lañada podrá volver a romperse, pero será muy raro que la nueva rotura se produzca por el sitio lañado.

Pero el trabajo no termina con la colocación y ajuste de las lañas, porque a continuación Damián ha sacado de su arquilla una lata y un papel con polvo blanco, con el cual ha fabricado una papilla adicionándole un poco de agua. Con esta pasta con densidad de mantequilla ha recubierto las lañas a lo largo de toda la fisura cerrada, con lo cual los tiestos "apañados" han adquirido ese adorno de relieve blanco que caracteriza a todas las vasijas que han sido lañadas.

Damián me ha explicado que el polvo en cuestión es cal viva molida, que una vez seca adquiere una dureza de piedra, impidiendo que las lañas se muevan

de su sitio, aparte de tapar herméticamente cualquier poro que pudiera quedar en la fisura.

Es evidente que gracias a esta meritoria y delicada labor de los "lañaores" ambulantes, las amas de casa de los cortijos consiguen reducir de un modo notable los gastos de compra de cántaros nuevos, lebrillos, fuentes y orzas, piezas todas de uso intenso en las casas, que cascan con una facilidad asombrosa. Sobre todo los cántaros del agua que están expuestos a un sin fin de golpes.

Los únicos tiestos de barro que no tienen compostura cuando se rajan o parten son las ollas y cazuelas que van a la lumbre. En ellas no vale aplicar lañas, porque el fuego las levanta y destruye en cuanto se calientan.

Damián "el Curro", como todos los lañaores, toca, además de las lañas, que son su principal industria, el arreglo de paraguas y sombrillas, para lo cual va provisto de un manojito de varillas que lleva sujeto a un costado de su arquilla. Coloca varillas, muelles y enganches de cierre, pasadores y, en general, todas las piezas que integran el complicado mecanismo de los paraguas; que por cierto, y ahora viene al pelo decirlo, es un instrumento que utilizan con mucha frecuencia las mujeres del campo, y no para resguardarse precisamente del agua, puesto que aquí llueve de uvas a peras, y cuando llueve a nadie se le ocurre la tontuna de salir a la calle a mojarse. No, el paraguas normal y corriente de tela negra, lo utilizan las mujeres como parasol; es decir, para protegerse del sol, que es lo que de verdad cae con ganas sobre estas tierras en lugar de lluvia.

Para el visitante que proceda de otras tierras más beneficiadas por la lluvia, donde el paraguas tiene su cometido específico de proteger del agua, le resultará un tanto chocante ver a las mujeres transitar por los caminos, ya a pie o montadas en burra o carro, protegiéndose del sol bajo el hongo

negro de un paraguas. Y es de notar además, que aunque en la casa haya sombrillas quitasoles con telas claras, que las hay, las mujeres mayores prefieren siempre la protección de los paraguas negros, que son más eficaces contra el resol, que a la larga es tan agobiante como el sol directo. Hay que aclarar a este respecto que las mujeres del campo procuran evitar a toda costa que les dé el sol en la

piel, piernas, brazos y, sobre todo, en el rostro. Sienten un verdadero temor a los rayos solares, porque su mayor obsesión es conservar la piel blanca, cuanto más blanca mejor. Supongo que será por un instinto de coquetería para mantener el contraste con la piel de los hombres, que a fuerza de sol adquiere el color de las almendras tostadas.

